

La alegría que pasa...

JOSE ARRIOLA

El pianista español que vuelve a su país después de 47 años de ausencia

POCOS serán los que recuerden a José Arriola. Y no obstante, basta abrir cualquier diccionario de la Música para ver que el nombre de este pianista español figura con la más elogiosa adjetivación. «Pepito» Arriola—como se le llamó—abandonó España hace 47 años. Era entonces el niño prodigio que maravillaba con sus interpretaciones pianísticas. Tenía cinco años y encima del teclado poníanle los juguetes para estimular su extraña predisposición por la música. Le oyó el gran conductor de la Orquesta Filarmónica de Berlín, Arthur Nikisch, y asumiendo su protección y orientación artística, llevólo a Alemania, a un colegio de Leipzig, y a los mejores Conservatorios, haciéndole trabajar con él la composición y el piano con un artista español, un gran talento, que aquí ha sido poco menos que desconocido: Alberto Jonás, excelente persona y discípulo señalado del viejo Antonio Rubinstein.

La casa Baldwin construyó para el niño Arriola un piano, cuyo teclado de diminutas dimensiones adaptábase a su pequeña mano. A partir de entonces, la carrera de nuestro compatriota empezó a jalonarse con los mejores éxitos.

Puede decirse que desde aquellos tiempos hasta ahora, cuando después de 25 años de ausencia, José Arriola ha vuelto a España, el artista no ha hecho más que vivir para sus interpretaciones y sus composiciones, sin haberse ni tan sólo dedicado a la enseñanza.

Arriola, gran y viejo amigo de Frank Marshall, en casa de este último evocaba, hace unos días, sus primeros pasos de su carrera de concertista. «He tocado mucho y escrito bastante. En cambio, no he podido consagrarme a una labor pedagógica si exceptuamos las clases que he dado a mi hermana. Creo que la música es un continuo aprendizaje y que bastante difícil es darse lecciones a uno mismo. Por esto considero tanto al maestro Marshall, caso admirable de renunciación a favor de sus alumnos».

En realidad ha sido el público musical de Alemania el que ha sido testimonio constante del arte de José Arriola. En Leipzig y Berlín, ha pasado el concertista la mayor parte de su vida, exceptuando los años de la guerra de 1914, cuando volvió a España para trasladarse luego a América. Triunfó en el «Carnegie Hall» de Nueva York, y después, en las principales capitales de los Estados Unidos, Canadá, Argentina y casi todo Centro y Sudamérica.

«Hasta hace un par de años—siguió contando el pianista Arriola—, he vivido tranquilo de mis constantes actuaciones en salas de concierto, emisoras radiofónicas y para las editoras de discos. Tengo escritos un Concierto para piano y orquesta, y otro para dos pianos, que estrené con mi hermana.

«He perdido—si no se han salvado los discos en el archivo de la Emisora alemana, de onda corta—estas dos partituras en los escombros de mi casa de Berlín, donde desapareció también sepultada mi querida biblioteca y todo lo que de valor poseía.

«Después de 1943, mi historia ha sido más bélica que artística. Hasta los últimos meses de guerra, en Berlín hubo bastante actividad artística. Mientras la «Stats Opera»



José Arriola, cuando dió su primer concierto

estuvo en pie, celebráronse allí grandes conciertos que dirigía Furtwängler. Cuando las bombas demolieron esta sala, continuaron las audiciones en el Palacio del Almirante hasta quince días antes de la entrada de los rusos. A la llegada de éstos, yo me hallaba con toda mi familia en un refugio de la capital y tuve que permanecer con las tropas ocupantes más de quince días. Mi profesión me salvó. Al saber que era pianista, los oficiales soviéticos me hacían tocar para los soldados, y nos ayudaban con sus raciones de alimentos. Más de una vez conseguí camuflarme en los camiones de refugiados que partían hacia el Oeste, pero al ser descubierto, me retuvieron, obligándome a distraer los ocios de dos o tres campamentos militares cercanos a mi refugio.

«No pude darme cuenta, en los primeros días, del trato que en realidad se daba a los alemanes. Berlín era un amontonamiento de gente andando como autómatas, buscando algo que llevarse a la boca, barata, los cuatro bagatelas de algún valor que les quedaban, y con la indiferencia de los que no les queda ya nada que perder. Había muchísimos extranjeros, polacos, franceses, italianos, muchos italianos que eran tratados como los mismos alemanes. Todos intentaban salir de aquel caos y acercarse a las zonas limítrofes entre rusos, ingleses y americanos. Era muy difícil escapar, pero cuando se lograba salir de la zona rusa, se comprobaba que las condiciones alimenticias no eran mucho mejores, aunque el trato, recibido, desde luego, cambiaba radicalmente. En la zona inglesa sólo recibí atenciones. Naturalmente, antes de pasar allí fui despojado de mi reloj por un soldado ruso, pero en eso ya contaba...»

La odisea de José Arriola es larga. Podría llenar un extenso capítulo de sus memorias, pero el artista prefiere no pensar mucho en lo pasado. Actualmente, sabiéndose sin su casa, su piano, ni su extensísimo archivo musical, prefiere trabajar en rehacer su vida. Para ello no le falta energía ni entusiasmo. Ha salvado la vida y se encuentra en excelente forma y optimista para reemprender su carrera de concertista, puesto que está en la plenitud de sus posibilidades.

X. M.